

antojo, la venerable basílica, tuvieron la audacia de cortar la parte de la roca en que había sido plantada la Cruz, y la substituyeron por un *facsimile* que se ve aún en nuestros días. Apenas consumado el robo, embarcaron para Constantinopla la bendita piedra teñida con sangre de Cristo; pero no permitió el cielo que gozasen del fruto de su sacrilego latrocinio, pues naufragó el buque y la preciosa reliquia quedó en el fondo del mar.

He aquí en qué términos el bajá Mehemet, testigo ocular, refirió la sangrienta reyerta que tuvo lugar años atrás en el Calvario y de la cual se ocuparon los periódicos.

Los católicos gozan, entre otros derechos, el de celebrar algunas funciones religiosas en el lugar donde fué clavada la Cruz del Salvador, y que pertenece á los griegos; mas no pueden hacer uso de los ornamentos que cubren el altar. Encamináronse pues allá un día procesionalmente, como de costumbre, y encontraron en la tarima del altar una alfombra encarnada que cubría el lugar que iban á venerar. Los Padres Franciscanos suplicaron al *pope* ó sacerdote griego que estaba presente que la quitase, y como el *pope* respondió que no podía, dos Franciscanos tomaron la alfombra y empezaron á plegarla para no retardar la ceremonia; pero al propio tiempo arrojáronse sobre ellos puñal en mano algunos hombres que estaban apostados. Al padre guardián de Rodos, uno de los principales actores, fuéronle rasgadas las vestiduras. La cosa era sobrado seria para que los Franciscanos tratasen de defenderse; siguióse de ahí una confusión en que quedaron mortalmente heridos varios individuos, y la procesión se retiró. Quejáronse al bajá, quien se presentó con tropas, mandó á los Religiosos católicos que volviesen á comenzar la procesión, y con el alfanje quitó la alfombra que los griegos habían vuelto á colocar. Esta vez la procesión no fué turbada. El bajá, que era el mismo Mehemet, hizo justicia á quien la merecía.

Para mejor comprender la conducta arbitraria é injusta de los griegos, se necesita conocer la importancia que daban á la alfombra. Esta no era solamente una señal de propiedad para los griegos, sino de exclusión para los católicos. Si éstos hubiesen cedido, nunca más hubieran obtenido la facultad de solemnizar las festividades en el sitio donde se obró nuestra Redención, á no ser por un favor de los griegos, siendo así que tenían en el suyo el derecho. Sépase que esta parte del Calvario perteneció exclusivamente á los católicos, pero les quitaron este privilegio los georgianos sostenidos por los mamelucos; los griegos recogieron después la herencia de los georgianos. Los medios para desposeernos de este derecho son detestables, y con todo los griegos siempre

salen con sus pretensiones. Esta vez el bajá obró con justicia, más no se desalentaron los griegos, antes bien, han hecho otras tentativas.

Recientemente, para no resucitar la memoria de hechos anteriores, hacia el año 1882, quitaron dos escaleras de los latinos que habian estado siempre colgadas detrás del muro de la sacristía de los frailes Menores, según se va á la Prisión de Nuestro Señor, y de las que se servían nuestros buenos Religiosos para limpiar las lámparas suspendidas en las bóvedas de los Santuarios.

Un día halló el sacristán en vez de su escalera otra de los griegos. Creyendo ser esta una equivocación, quitó esta última y puso la suya; pero los griegos volvieron á hacer otro tanto. Interrogados sobre esto, tuvieron la desvergüenza de contestar que siempre había estado allí su escalera.

Toda tentativa de conciliación fué inútil. Entonces el cónsul de Francia, M. Langlais, protestó enérgicamente y elevó su queja al bajá. Este envió algunos miembros del Municipio á fin de que examinasen de qué lado estaba el derecho. En la primera información que se hizo, depusieron los armenios y demás en favor de los latinos, pero en seguida, ó temerosos, ó vendidos, cambiaron de opinión. El gobernador llamó al cónsul de Francia al Santísimo Sepulcro, convertido momentáneamente en tribunal, á fin de dar una solución decisiva á la cuestión pendiente. El cónsul compareció al punto al lugar citado, y se encontró con una multitud de griegos, armenios, latinos y aun turcos que habían acudido allí ansiosos de presenciar los debates... Estos fueron tan sumarios como es posible; y contra toda justicia sentenció el inicuo bajá que la razón estaba á favor de los griegos.

M. Langlais, hombre de gran corazón y sinceramente adicto á los intereses religiosos de Tierra Santa, se sintió profundamente humillado. Protestó allí mismo de viva voz y después por escrito; se dirigió á la embajada de Francia en Constantinopla, escribió al ministro de Negocios extranjeros de París, y tuvo un momento de esperanza creyendo que las cosas se decidirían en favor de nuestros religiosos; pero después el negocio quedó entre papeles y allí duermen aún.

Pocos días después de cometerse este acto de injusticia murió repentinamente M. Anglais. Es opinión general que esta desgracia fué debida al grandísimo disgusto que sufrió al ver menospreciado el protectorado de su patria y los derechos de la iglesia conculcados. Su pérdida fué muy sentida, y todos hicieron justicia á sus virtudes privadas, no menos que á la lealtad con que desempeñaba su difícil y delicado cargo. No ha cesado todavía este concierto de merecidos elogios,

cuyo eco se oye aún hoy día en Jerusalén, en donde M. Langlais es citado como el tipo del honor y de la fidelidad á su deber.

¡ Tanto ruido, se nos dirá, por una escalera !... Pero esta escalera de los griegos colgada del muro de la sacristía de los Franciscanos, es como la conquista del mismo muro ; de donde viene á resultar, que nuestros Religiosos no podrán hacer reparación alguna en lo que es exclusivamente suyo, sin obtener antes el consentimiento de sus competidores. Estas complicaciones, que apenas se comprenden en Europa, son, sin embargo, demasiado reales, y harían correr no pocas veces la sangre si no fuese por la mansedumbre de los Franciscanos.

Mons. Milani, después obispo de Toscana, hizo preparar, mientras fué Custodio, un magnífico pavimento de mármol de Carrara para la parte del Calvario perteneciente á los latinos. Cuando fué encomendado dicho pavimento, estaban en bastante buenas relaciones con los griegos, por cuya causa había una certeza moral de que no se originaría ninguna querrela con este objeto. Desgraciadamente vino muy luego un firmán anunciando á Cirilo, Patriarca griego, su destitución. El infortunado viejo que había seguido siempre la vía de conciliación y que por lo mismo era muy mal visto de los suyos, á pesar de sus ochenta años, fué sacado de noche como un prisionero á son de samatén, montado en un caballo y conducido á Jafa, en donde se le embarcó para Constantinopla. Esta violenta deposición hizo fracasar las esperanzas de los latinos. No obstante, en 1885, el Rmo. Padre Guido, imitando á su predecesor, quiso renovar las negociaciones con el nuevo Patriarca. Fué complacido por éste, quien le prometió no hacer oposición alguna al pavimento del Calvario en cambio de que él no se opusiera tampoco á su deseo de colocar un antiguo armario que estaba antes en su coro, en el sitio llamado *los arcos de la Virgen*. Entendidos de esta suerte, dirigiéronse el Custodio y el Patriarca á la capilla de la Crucifixión ; admiró este último el pavimento y convino en que cuanto antes podían comenzarse los trabajos.

Mas ¿ qué pasó que el Patriarca cambió de parecer al cabo de dos días ?... Nuestros Religiosos, víctimas de la envidia y de la malevolencia, viéronse precisados, abandonando su proyecto, á colocar en una de las galerías de la cúpula los bellos mármoles, esperando tiempos mejores.

De hechos de esta clase podrían citarse un sinnúmero, y lo que es más triste, pueden repetirse, pues los cismáticos no dan señales de desaliento, y muchos de los que han examinado la posición difícil de los Guardianes del Santo Sepulcro, manifiestan claramente que no

extrañarían se les participase que los católicos han sido expulsados de aquellos lugares. Nadie protege á nuestros Religiosos, abandonados á sí propios: ¿ qué mucho que expongan su infeliz situación á cuantos viajeros van de Europa á Oriente ? ¿ A quién sino á sus hermanos pueden abrir su corazón ? Los Padres esperan que los peregrinos, al regresar á su patria, den á conocer la triste situación de la Tierra Santa, reanimando alguna centella de celo y amor en los pueblos, y que los gobiernos despiertan finalmente de su letargo, profiriendo algunas palabras generosas en favor de los Santos Lugares.

« Pero ignoran con qué clase de peregrinos tratan, observa justamente el abate Mislín, lo ignoran, sí, esos religiosos ocupados exclusivamente en la conservación de los santuarios antes venerados y ahora casi relegados al olvido. Hablan de los misterios de Belén y de Nazareth á hombres que van á Palestina para admirar la religión de Mahoma y sondear los *misterios* de los chapiteles de Balbek ; y esos peregrinos regresando al Occidente en vez de hablarnos de los continuos sufrimientos de esos religiosos á los cuales no han comprendido, sólo ponderan su felicidad, riqueza y poder. Los hechos hablan más alto que las frases, y sobre todo más que las calumnias. Todos los santuarios de Palestina pertenecían á los católicos, que han pagado el céntuplo de su valor en oro y sangre ; actualmente (á mediados de este siglo) no poseen la mitad, y cada año van perdiendo más. Una de dos : ó esos santuarios que como la cueva de Belén se nos han quitado de algunos meses á esta parte, valen la pena de que se reclamen, ó es preciso abandonarlos al primero que los ocupe y dejar construir mezquitas sobre la gruta del nacimiento y del Gólgota para reemplazar los templos de Venus y de Adonis que antiguamente allí se alzaban.

Pues bien: las naciones católicas han abandonado esos santuarios, y cualquiera impunemente puede transformarlos en templos paganos ó pisotear sus ruinas... Pero no ; todavía cuentan con protectores que defienden palmo á palmo el sagrado terreno en que combaten ha seiscientos años, y en pago de tanto sacrificio no sabemos ofrecerles más que reconvencciones y desdenes. ¿ Cómo es posible que esos religiosos se defiendan con otras armas que las reclamaciones, protestas, quejas y súplicas, armas de los débiles, toda vez que les abandonan los fuertes ? Convengo en que esas discusiones son deplorables ; pero ¿ por esto hemos de criticar á esos religiosos que pugnan por un punto del Calvario ? Y nosotros, ¿ por qué pugnamos ? Cuando nuestros labios no pronuncien más que palabras de paz, cuando nosotros nos demos fraternalmente la mano, cuando estemos de acuerdo con los demás ó con nosotros mismos sobre muchas cosas infi-

nitamente menos importantes, entonces quizás podamos extrañar que esos religiosos todavía no hayan podido entenderse tocante á la posesión de los monumentos que en tanto estiman.

De algún tiempo á esta parte existe nuevo motivo de discusión que probablemente terminará en daño nuestro. Parece que los griegos desean hacer algún cambio, ya en el monumento del Santo Sepulcro, ya en su cúpula. Instruidos por larga experiencia, los Franciscanos saben que para ellos toda innovación es desastrosa, y por consiguiente tratan de oponerse á ella. Los griegos para precisarles á ceder destruyen el tejado quitando las planchas de plomo que cubren la cúpula, lo cual he visto con mis propios ojos. Mehemet Bajá me dijo que para ponerlos de acuerdo había propuesto encargarse de las obras por cuenta del gobierno. Susúrrase que el mismo sultán quiere reconstruir la cúpula para dar un homenaje de respeto á la cristiandad. Fuera ciertamente cosa nueva en el mundo que el sultán protegiese con su munificencia los Santos Lugares olvidados de los soberanos católicos. Hasta ahora no se han aceptado los ofrecimientos, temiéndose que otro sultán menos escrupuloso se funde en esos gastos para pretender la propiedad del edificio, como lo hacen actualmente los griegos. Hasta el incendio de 1808, siempre fueron los católicos los que cuidaron de la construcción de la cúpula y de sus reparaciones, pues son sus legítimos propietarios.»

Hora es ya de que dejemos estas consideraciones que enervan el espíritu; si no fuera la confianza omnimoda que tenemos en la Providencia, cuyos elevados designios se escapan á toda penetración humana, momento propicio sería este para echar en cara á las naciones que se precian de católicas su inconsecuencia manifiesta en lo que se refiere á la cuna de sus creencias.

Con la estrechez y pobreza de las obscuras celdas de nuestros frailes contrastan la notable regularidad de las proporciones, la profusión de dorados, verjas de metal, cuadros bizantinos, lámparas y sillería que adornan la capilla de los griegos cismáticos, que está frente al Santo Edículo, detrás del pequeño y pobre coro de los latinos, y ocupa la gran nave de la basílica. El conjunto es rico, aunque de mal gusto. En el fondo dan paso al altar titulado *Sancto Sanctorum* dos bonitas verjas de hierro. Tres tronos suntuosos, destinados á su Patriarca y obispos, ocupan el centro y ambos lados de la sillería. En medio de la capilla hay un vaso de mármol blanco, y dentro de este vaso un hemisferio, que, según los griegos, es el centro de la tierra.

Frente á la capilla de los coftos, dos pilastras de la rotonda dan paso

á la cueva sepulcral de José de Arimatea. Dando la vuelta al santo templo, diez y ocho metros más allá hacia el Este, saliendo de la rotonda, se encuentra á mano derecha la capilla franciscana, donde Nuestro Señor Jesucristo se apareció, vestido de hortelano, á Santa María Magdalena. En el altar se representa en pintura el maravilloso suceso. Un círculo de mármol en el centro indica el sitio que ocupó el Salvador; otro hacia el Norte, el de la Santa. « María estaba llorando junto al sepulcro, refiere el Evangelio.... y los ángeles le dijeron: — Mujer, ¿ por qué lloras? — Porque se han llevado de aquí á mi Señor y no sé donde le han puesto. — Al decir esto se volvió y vió á Jesús que estaba en pie, pero no le conoció. — ¿ Por qué lloras, mujer? le preguntó. ¿ A quién buscas? — María, creyendo que era el hortelano, le dijo: — Si sois vos quien lo ha llevado aquí, decidme dónde lo habéis puesto. — ¡ María! dijo Jesús, y entonces ella, conociéndole, exclamó: ¡ Maestro! »

Algunos pasos más allá cuatro escaleras conducen á la capilla de la Aparición, en la cual, según dice la tradición, Nuestro Señor se apareció primero á su Santísima Madre después de su resurrección gloriosa. Esta iglesia es pequeña, pero regular; fué reparada en el año 1881, y tiene tres altares, dedicado el mayor á María Santísima, el de la izquierda á las reliquias, y se llama también de la Santa Cruz, porque allí se conservó gran parte del santo leño hasta que, como digimos, fué dividido en los tiempos de persecución; años después, cuando en el siglo xvi el Padre Bonifacio de Ragusa encontró en el Santo Sepulcro otra reliquia de la Cruz, fué depositada en esta capilla, hasta que en 1557 se apoderaron de ella los armenios cismáticos y la enviaron á su país aprovechando el cautiverio y la deportación á Damasco que padecieron los frailes, en quienes vengaban los turcos las victorias que contra la media luna alcanzaban las armas españolas. El altar colocado á la derecha del altar mayor encierra parte de la columna á que fué atado Jesucristo en el suplicio del azotamiento: por esto es llamada *de la flagelación*. De esta sagrada columna se cuenta haber sido llevada por los primeros cristianos á la iglesia del Cenáculo, donde en el siglo xiii los Padres de San Francisco la recibieron de los canónigos de San Agustín; profanada y rota por los musulmanes en el año 1551, el citado Padre de Ragusa envió un fragmento al sumo pontífice Paulo IV, otro á Felipe III de España y otro á la república de Venecia, que, conforme vimos, se venera aún en la iglesia de San Marcos, reservando para la comunidad el mayor fragmento, el cual, á fin de evitar nuevas profanaciones, fué llevado á la iglesia del Santo Sepulcro y resguardado con férreas cerraduras en el altar en que actualmente se encuentra. El de mármol ma-

cizo, mide de altura unos setenta centímetros, y observan los autores que no ha de confundirse esta columna con aquella en que fué atado Jesús en la casa de Caifás, la cual se venera en la iglesia de Santa Práxedes en Roma.

La capilla de la Aparición es llamada también latina, por ser de exclusiva propiedad de los Padres Franciscanos. A lo que se cree ocupa el lugar en que estuvo edificada una casa de José de Arimatea. Allí mismo, asegura la tradición, ocurrió el milagroso suceso de recobrar la vida una mujer al tocar su cuerpo con la verdadera Cruz recién descubierta.

Detrás de esta iglesia, donde los Padres de San Francisco celebran constantemente sus oficios, se encuentra la sacristía, donde pueden verse la espada y las espuelas de Godofredo de Bouillón. Tiene aquella ochenta centímetros de hoja y trece de empuñadura, que es de cruz y de forma sencilla; las espuelas, que se conoce haber sido doradas, miden veinte centímetros. Estos gloriosos trofeos sirven para la recepción de los caballeros del Santo Sepulcro, imponente ceremonia que se verifica á pocos pasos de la tumba que el nuevo caballero jura defender hasta la muerte. El vizconde de Chateaubriand calzó aquellas espuelas y recibió con la espada del héroe el requerido espaldarazo que le dió el Padre Guardián. Desde el restablecimiento del patriarcado en Jerusalén es el patriarca el que confiere en el Santo Sepulcro la religiosa orden.

Volviendo á la nave de la basilica que circuye la capilla de los griegos, á mano izquierda se encuentra el lugar en el cual hubo una gruta que sirvió de prisión á Jesús y á los dos ladrones mientras se hacían los preparativos para su suplicio. Forma una capilla dividida en tres departamentos, pertenecientes á los griegos cismáticos, y en la cual no hay nada notable más que una piedra con dos agujeros, en cada uno de los cuales tuvo uno de los pies Nuestro Divino Redentor, atados por medio de una cadena, asegura la tradición. Viene á continuación la capilla consagrada á la memoria de San Longinos, sin más adornos que tres cuadros regulares, representando escenas alusivas á la vida del soldado que hirió con la lanza el costado de Jesús y que le confesó después. Dos metros más allá se encuentra, sin que de ella se haga uso, la antigua puerta por donde bajaban á la iglesia los canónigos del Santo Sepulcro. Ya en el centro del ábside de la iglesia está la capilla armenia llamada de la División ó Suertes, por haberse allí dividido los soldados las vestiduras de Cristo y echado suertes sobre su túnica inconsútil. «Los soldados, después de crucificar á Jesús, refiere el evangelista San Juan, tomaron sus vestiduras é hicieron con ellas cuatro

partes, una para cada soldado; más la túnica no tenía costuras, sino que era tejida de arriba á bajo, y dijeron unos á otros: No la partamos, más echemos suertes sobre ella. Y de este modo lo hicieron, cumpliéndose así aquellas palabras de la escritura que dicen: «Repartieronse mis vestidos y sobre mi túnica echaron suertes.»

Dos metros más allá de la capilla de la División, á mano izquierda, por una escalera compuesta de veintiséis peldaños, se baja á la iglesia de Santa Elena, tallada parte en la roca, y decorada con lámparas y globos de metal suspendidos del techo. Tiene dos altares, y en el ángulo sudeste del principal, dedicado á la piadosa emperatriz, se muestra el sitio sobre el cual oraba mientras se practicaban las excavaciones para la invención de la Santa Cruz. Una escalera de trece peldaños, abiertos en la roca, desciende por el lado de la epístola de dicho altar á la capilla de la invención de la Santa Cruz, antigua cisterna abierta en la roca del Calvario, unos veinticinco metros más allá al Este del lugar de la crucifixión del Señor. No hay en esta capilla más que un altar con una hermosa estatua de bronce de tamaño natural que representa á Santa Elena apoyada en la Cruz, regalo del infortunado emperador de Méjico Maximiliano de Austria.

Subiendo de nuevo al ábside de la basilica, y dando la vuelta, siempre en torno de la capilla y coro de los griegos, á mano izquierda, se ve en el centro de la capilla de los Improperios y debajo de la mesa del altar, dentro de una especie de caja de hierro con varias aberturas, por las cuales se puede introducir la mano y tocar un pedazo de la piedra en que estuvo sentado Jesús en el Pretorio cuando fué abandonado á las burlas y á los ultrajes de la soldadesca y le coronaron de espinas.

Dos metros más allá de la capilla de los Improperios, á mano izquierda, se encuentra una escalera de tres peldaños, y una puerta que conduce al refectorio de los griegos. Desde aquel punto se encuentra cada vez más oscura la galería; se deja á mano derecha una de las puertas del coro de los griegos no unidos, y después de haber recorrido un espacio de quince metros, se encuentra á mano izquierda una escalera de diez y ocho peldaños, próxima á la piedra de la unción, y por la cual se sube á la capilla del Calvario. Está apoyada en el suelo de esta parte sobre el peñasco mismo que forma la cima del Gólgota, y parte sobre unas bóvedas construídas á fin de darle mayor amplitud. Ocupa este edificio la parte sudeste de la basilica, y está cuatro metros y setenta centímetros más alto que el pavimento de aquella. En conjunto la capilla del Calvario es casi cuadrada, y su eje mayor, en dirección de Este á Oeste, no pasa de quince metros. Está cerrada la parte anterior por una balaustra-